

B 2145

.E82

E8

V.4

1834

UN FILÓSOFO DESDEGARDADO

*Pietas ad omnia utilia est, promissionem habens vitae, quae nunc est, et futurae.*

La piedad es útil para todas las cosas, pues contiene la promesa de la vida presente y de la que está por venir.

I. AD TIMOTH. IV. 8.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

**CARTA XXXIV.**

**EL FILÓSOFO A TEODORO.**

**T**EODORO mio: ya recibí la nueva carta que esperaba, y te la voy á copiar literalmente. Dice así:

Hoy, señor, es el dia de los pobres, y empiezo por confesar que la naturaleza basta para excitar-nos á la compasion y amor que se les debe; pero ¡qué diferencia entre la humanidad natural que el tumulto de las pasiones adormece y aletarga tantas veces, y la sensibilidad siempre viva que despierta y anima la religion! Sin duda que la naturaleza inspira estos sentimientos; pero los vicios los sofocan, y yacen muertos en los corazones de que se apoderan. La gloria de la fe es, que jamas entra en ellos sin que al instante los resucite.

Bien puede ser que los tenga, el que nunca ha conocido la doctrina de Jesucristo; pero es muy difícil que pueda conservarlos animados y vivos aquel que despues de haber visto la grande luz del Evangelio, despues de haber reconocido su profunda sabiduría, los prostituye y abandona por el interes de sus pasiones, y es mas difícil que los tenga aquel que despues de haber conocido la religion, adopta

008241



con obstinacion el absurdo sistema de la incredulidad. Un entendimiento tan torcido, que no alcanza á ver la luz que ella derrama, un corazon tan mal formado que no fuera capaz de sentir los efectos que inspira, no lo seria tampoco de ninguna sensibilidad humana; seria un ente nulo, y que no pensaria mas que en sus propias y viles satisfacciones; pero por fortuna no se hallan, ó son muy raros estos monstruos.

Vos me diréis que no todos los incrédulos cierran su corazon á toda especie de conmiseracion y generosidad, y que muchos de los infelices deben una parte de los socorros que sostienen su penosa existencia, á hombres que se han dejado arrastrar por la corrupcion del siglo al abismo de la irreligion; y yo confesaré que así es. Desapruebo mucho el celo injusto y amargo de los que quieren disminuir el bien que otros hacen, ó envilecen los motivos que los animan. Se debe estimacion y respeto á toda criatura que socorre, alivia ó consuela á otra, sin examinar la intencion que la determina; porque el deseo sólido y esencial de un corazon cristiano es que el desvalido sea ayudado, y el indigente socorrido.

Pero no es eso lo que quiero decir. Yo supongo un hombre, y no creo el caso posible, á lo ménos no he conocido á ninguno que despues de haber visto la luz, creyera no haberla visto, y quedara enteramente convencido de la realidad de las tinieblas.

Aunque repito que este hombre no existe, ó que es un monstruo raro, le supongo, y de este digo que no fuera capaz de ninguna humanidad verdadera, y que si se vieran en él algunos vestigios, seria menester atribuirlos á los intereses de la política, ó á los artificios de la ambicion.

Vos podréis citarme hombres que no solo satisfacen sus pasiones, sino que se jactan de su incredulidad, y que con todo son generosos y benéficos; y aquí está, señor, vuestro engaño, porque vos los suponéis tan incrédulos como aquel de quien hablo, y como ellos parecen y se dicen; pero en efecto no lo son. Acordaos de D. Manuel. Sabed que todos ó los mas que viven á gusto de sus pasiones, aunque parezcan incrédulos, y aunque ellos trabajen por persuadirselo á sí mismos, y persuadirlo á los otros, conservan á su pesar las ideas de la religion en mas alto grado que quisieran, y tal vez mas impresas de lo que imaginan.

Así si por acaso observais que alguno, á pesar de los vicios á que se abandona, á pesar de las impiedades á que se entrega, y de la notoria incredulidad que profesa, tiene buen corazon, y que con ánimo compasivo y generoso socorre al indigente, consuela al affigido y sostiene al débil contra el fuerte, tened por cierto que él ha pretendido, por contentar sus pasiones, arrojar de su seno una religion que le parecia incómoda; pero que ella está todavía escondida en su corazon, y que quizá un



dia volverá á restablecerse con honor. Creed que todo lo que conserva de honradez, humanidad y virtud, está continuamente trabajando en su alma para rechazar sus errores; que aquel corazon nació para ser fiel al Evangelio; que cuando renunció á Jesucristo, desmintió su carácter verdadero, y que no es propio para representar papel tan infame.

Creed que su incredulidad no es mas que un esfuerzo de sus pasiones contra la evidencia y necesidad del culto, un conato de su corazon para desprenderse de toda sujecion y sacrificio, un deseo de separarse de toda relacion que le incomode; pero pues todavía no se ha establecido centro y último fin de todas sus acciones, pues no se ha concentrado en la solicitud de su bien personal, pues no estima únicamente en los otros hombres lo que puede contribuir á sus gustos, pues no se arma con ferocidad contra lo que puede oponerse á sus pasiones insaciables, y le quedan sentimientos que le excitan á compadecerse de los males ajenos, y le estimulan al socorro de los infelices; tened por cierto, digo, que no es un incrédulo, sino que es un hombre enfermo, y que cuando sus pasiones se sosieguen, ó la luz del cielo le alumbre, volverá á adorar la religion que aun no ha perdido enteramente.

Hay otros ménos temerarios y que no tienen osadía para tanto arrojo, hombres que no llegan á la extrema depravacion, que conservan la impresion de algunas virtudes y respetan la decencia; pero

estos no han de ser contados entre los monstruosos campeones de la irreligion. Despues de devorar todas las angustias y remordimientos que cuesta el vicio, despues de perder todas las esperanzas y consuelos que ofrece la virtud, no logran el título de filósofos ni la consideracion de los corifeos de la secta.

No cito, señor, otro testigo que á vos mismo. Nadie mejor que vos puede distinguir la diferencia que hay entre la caridad cristiana y la humanidad filosófica. Nadie mejor que vos puede juzgar cuánto mas interes tienen los pobres en que los filósofos se hagan cristianos, que no en que los cristianos se hagan filósofos. Decidlo: ¿Esta humanidad que tanto se exalta, os ha hecho enjugar muchas lágrimas cuando no tenia vuestra conducta otro principio? ¿Qué comparacion entre esas liberalidades cortas, raras y pasajeras, arrancadas por las importunidades y el llanto de los indigentes, con esos montones de oro sacrificados tantas veces al lujo y á la venalidad del vicio?

Siento, señor, mucho recordar vuestros errores; pero sé que no quereis olvidarlos, así para no volver á repetirlos, como para reconocer sin cesar la grande y soberana fuerza que os ha sacado de este abismo. Vos sabeis cuántos miserables hubierais hecho felices derramando en sus pobres chozas los tesoros que invertiais en vuestros placeres pasajeros. Vos sabeis como viven los de vuestra clase



bue siguen las mismas pisadas, y lo poco á que se reducen los beneficios del rico, que no tiene mas impulso que el de su estéril filosofía.

Cuando los gastos incesantes y renacientes de un lujo que todo lo devora, no cerraran sus corazones á las necesidades del infortunio, ¿cómo puede interesarlos el espectáculo de la indigencia? ¿cómo puede enternecerlos si tan pocas veces se presenta á sus ojos? Porque en efecto, es tan raro que la opulencia que rodea á los ricos sea accesible á la pobreza, como la adulacion que cerca á los grandes lo sea á la verdad. ¿Cómo ni cuándo podrá un rico interesarse por un infeliz? El goza tranquilo en su palacio de su abundancia deliciosa, sin que mientras el arte se apura y la industria se anima para avivar su saciedad y crearle nuevos gustos, le venga siquiera al pensamiento que en aquel momento hay millares de madres desesperadas porque no pueden acallar el llanto de sus hijos que las piden pan; que hay otros tantos padres despechados porque no pueden mantener las criaturas que les deben el ser, y que extienden sus manos inocentes pereciendo entre los horrores del hambre y de la desnudez.

Si el rico sale del techo dorado que le cubre, la rapidez del coche que le arrastra le roba la vista de las miserias, y el pobre, lejos de esperar algun consuelo, huye temeroso por el riesgo de hacerse aun mas desdichado. A la clase honrada de la me-

diocridad está reservado únicamente el triste espectáculo de las penas y angustias de la indigencia. Los que apenas pueden vivir por su escasez, son los que mas se encuentran con la imágen espantosa de la extrema miseria, son los que ven correr el llanto y escuchan los gemidos de los que vegetan en las tribulaciones de la mendicidad: estos, como son los que estan mas cerca de la pobreza, son tambien, no solo los testigos compasivos de sus penas, sino los únicos recursos de sus necesidades.

El miserable que cuando se acuesta sobre su duro lecho no sabe de dónde le vendrá el pan del otro dia, si tiene alguna esperanza de encontrarle, no es en los pórticos de los poderosos, sino en la modesta habitacion de estos hombres ordinarios y oscuros, cuyo buen corazon parte con los infelices su frugal subsistencia; de estos hombres que por amor de Jesucristo dan á los pobres la mejor parte del triste y corto salario que les ha costado tantas fatigas y sudores. Parece que solo los que han experimentado las amarguras que se sufren con las privaciones, sean capaces de enternecerse con las instancias y solicitud de los necesitados.

La Religion cristiana es la única que puede despertar á los ricos de este letargo, la única que puede conducirlos á sentimientos de humanidad, y la única que les puede quitar el apego á las riquezas, y restituir al pobre su dignidad de hombre. Detenámonos pues un instante á contemplar el gran ca-



rácter de divinidad que resplandece en su doctrina en esta doctrina cuya primera basa es el desprecio del oro y de las prosperidades humanas. Considerad, señor, esta soberana fuerza del Evangelio: cómo transforma en buenos y generosos á los que le siguen: cómo produce y entretiene esta circulacion de dones y servicios que hace felices á todos, y cómo con ella afirma la seguridad y consistencia de todas las sociedades de la tierra.

¿Qué otro filósofo que Jesucristo hubiera imaginado un sistema de grandeza y felicidad fundado sobre el desprecio de las riquezas y dignidades, sobre el abandono de todos los placeres de las pasiones? Ideas tan altas y tan contrarias á todos los intereses de los hombres no le podian ocurrir á ningún hombre. El autor del cristianismo es el primero que se ha presentado al mundo, diciéndole: *Bienaventurados los pobres*; pero por eso tambien es el único que pudo asegurar que traia una doctrina sacada del santuario de la luz eterna en que reside la verdad, el único que ha podido decirse enviado del cielo, Hijo de Dios y sabedor de sus secretos.

Los demas hombres que en todos tiempos se han ingerido á dar á los otros consejos ó preceptos, jamas han podido derivar su enseñanza de una esfera tan alta; jamas pudieron hacer promesas tan ricas y agradables, ni presentar una perspectiva tan larga que va mas allá de la consumacion de los siglos. Por eso ninguno se ha atrevido á proponer

el sacrificio del lujo y de las comodidades de la vida. Todos consideraban á los hombres muy terrenos para que se persuadiesen que podrian abandonar sus placeres y su gloria, y sujetarse á tan penosos sacrificios.

Jesucristo solo pudo mostrarnos tesoros capaces de recompensar con abundancia todos los sacrificios que exigia. Jesucristo nos reveló misterios asombrosos y profundos que nos prometen inmensas esperanzas. Jesucristo nos descubrió que somos de la familia de Dios; que nuestro reino, como el suyo, no es de este mundo; que el universo con todo su oro y todas sus grandezas es ménos que un frágil átomo, ménos que un menudo grano de arena comparado con la elevacion y la inmortalidad de una alma; que el hombre tiene las mas fuertes razones para despreciar todo lo que en la tierra parece mas precioso; porque siendo semejante á Dios eterno, sobrevivirá como él al trastorno de todas las fortunas y á la destruccion de todas las riquezas.

Por eso Jesucristo, y Jesucristo solo, pudo, revestido de tan nueva y divina luz, mostrar un carácter tan superior y hablar con un estilo que ninguno otro ha podido imitar. Si la austeridad de sus preceptos hace estremecer nuestros sentidos; si la inflexible severidad de su ley hace temblar nuestra flaqueza, y si nos sujeta á desapegos y privaciones que consternan al amor propio, tambien nos da los medios de sostenernos para que nuestra razon ob-



tenga la victoria en esta lucha. Nos advierte que somos demasiado grandes para apegarnos á lo que perece, y que siendo formados á la imágen de Dios, solo una felicidad infinita puede llenar las medidas de nuestro corazon.

¡Qué consuelo! ¡qué perspectiva para el pobre! ¡Cómo pueden afligirle las privaciones y los sufrimientos de esta vida, si sabe que cuanto mas padece, cuanto mas desnudo se ve, tanto mas dispuesto está para conseguir la inmensa gloria, y el reino eterno que está destinado á los mártires de la abnegacion y de la penitencia!

En efecto, señor, yo corro con mi imaginacion la Escritura sagrada, y la repaso en toda su extension, y observo que en todas las ocasiones, y desde los primeros tiempos á los últimos, la pobreza ha sido siempre objeto de su estimacion y sus elogios. Los profetas que nos mostraron de tan léjos las condiciones y promesas del Evangelio, cuando hablan de ellas, nos transportan á sitios pobres, á lugares humildes, á las cabañas que la paja cubre, y en que habita la dulce inocencia en medio de la modesta pobreza. Como si Dios escogiera estos simples y tranquilos asilos para cumplir allí los designios mas grandes, y derramar en ellos los tesoros de su magnificencia: ¡O montañas! decian, preparaos á recibir esta paz tan deseada, esta paz que solicitais para consuelo de sus habitantes afligidos y menesterosos.

Todas las figuras con que los oráculos divinos anuncian la salud á los hombres, son siempre favorables á los pobres. Ya son arroyos abundantes que corren deliciosos en los amenos campos que cercan las humildes chozas del friste mendigo, de la viuda afligida ó del laborioso labrador; ya son raudales cristalinos y misteriosos que la misericordia divina hará á su tiempo brotar de las inagotables fuentes del Salvador.

Otras veces: las colinas y los valles, las ciudades y los desiertos, los peñascos y los troncos se agitarán con alegría cuando vean que viene su Señor, se regocijarán con todos los infelices de la tierra, de su libertad y elevacion; porque este Libertador tan necesario al universo, será especialmente protector de los abandonados, arrimo de los débiles, padre de los huérfanos, y el título de pobre será siempre para él grande y respetable.

Llega en efecto el memorable instante señalado para la redencion del género humano, y el mas alto de los misterios, aquel gran secreto que estaba oculto toda la eternidad en el inescrutable abismo de los decretos divinos, se revela y se ejecuta en el seno de la pobreza, y en el silencio de la obscuridad. Los libros santos dicen: Cuando la noche estaba en la mitad de su carrera: cuando el cetro de los Césares sojuzgaba al universo: cuando todas las naciones estaban reducidas á un yugo de espanto y de terror: cuando todo parecia inmóvil en la tier-



ra, y que en fin, una paz universal y profunda indicaba ya el grande acontecimiento que debia mudar el aspecto de todos los imperios, de repente y en un rincón obscuro, sin que los grandes del mundo lo supieran, el Cristo de Dios vino á coronar las esperanzas de cuatro mil años.

El Verbo Divino, la Sabiduría increada, el Autor de la vida, el que es la vida eterna, y que hasta entonces no habia residido sino entre los esplendores de su Padre, se encontró en el intacto seno que su divino Espíritu dispuso para que fuese digno de ser su tabernáculo, y en esta manifestacion de su gloria en la tierra puso fin á todas las revoluciones que habian preparado tan inefable término.

Este grande suceso superior á todas las ideas de los hombres, que los siglos no vieron, que no volverán á ver, y que solo pudo entrar en la infinita extension de la mente divina, se ejecuta todo entre Dios y una humilde doncella, y en el solitario recinto de una pobre casa. El Evangelio mismo para contar un hecho tan inaudito como sublime, y que no cabe en las ideas de las inteligencias superiores, solo dice con simplicidad: *María parió á su Hijo, y le reclinó en un pesebre*, porque no habia otro lugar en la posada.

De manera que Abraham y todos los patriarcas, Moises y todos los profetas, Jerusalem y toda la pompa de su culto, los israelitas y todas las magnificencias de su templo, toda esta economía tan

antigua como misteriosa, esas ceremonias en que todo era tan venerable y tan augusto, ese grande y rico aparato, esas predicciones, esas figuras, esos inmensos preparativos anunciados desde tan léjos, en fin, cuanto Dios habia hecho desde que crió el mundo hasta aquel instante venturoso, todo se halló cumplido y terminado, y todo está comprendido en este corto y sencillo discurso del Evangelista: *María parió á su Hijo, y le reclinó sobre un pesebre*. El lugar mas humilde de la tierra se transformó en el primer templo, que el Santo de los santos consagró con su augusta presencia; y el deseado de las naciones manifestó en el desabrigo, en la indigencia y la desnudez con que entró en el mundo, las primicias del tesoro con que debia enriquecer al universo.

Los primeros confidentes de esta grande noticia, que interesaba tanto á todas las naciones de la tierra, son tambien hombres simples, pobladores de los campos, y de la clase de los pobres y pequeños. Habia en aquella region pastores que pastoreaban sus ganados, y estos son los primeros á quienes el cielo anuncia la venida del reino de Dios. Estos rústicos pastores, desconocidos á toda la tierra, son preferidos, y Dios los tiene por mas dignos de entrar en los secretos de su sabiduría, que los terribles depositarios del poder romano que se imaginaban árbítrios de los destinos del universo.

Era justo, señor, que pues la eterna santidad ba-



jaba de las alturas de su solio para destruir las iniquidades de la tierra, escogiese su habitacion entre las clases que no estaban deshonradas con los vicios, que prefiriese lo que no estaba depravado, y que hiciese brillar los primeros rayos de la luz que preparaba para alumbrar al universo, á los ojos que no estaban ofuscados por las pasiones porque eran mas inocentes.

En todo tiempo la gracia ha huido de los que abusan de la prosperidad y de las riquezas, y ordinariamente es mas fácil encontrar virtudes buscándolas en los desiertos ó en las cuevas, y tambien en esos recintos escondidos, donde en la austeridad de una vida humilde y laboriosa la mano del Señor labra en silencio las indestructibles piedras de su eterno edificio. La morada de los santos suele hallarse en esos templos solitarios y rústicos, en que la sangre del Cordero marca mas escogidos que en los altares magestuosos de las ciudades opulentas, donde el fastuoso cortejo del orgullo viene muchas veces á profanar la santidad del ara. La luz de Dios por su naturaleza inescrutable es mas inaccesible á los sabios, á los ricos y á los grandes del siglo, y manifiesta mas á los sencillos y los pobres aquel esplendor radioso que eleva nuestras inteligencias sobre las Dominaciones y los Tronos.

El verdadero bienhechor del género humano fué Jesucristo Señor nuestro. Sin duda que vino á iluminar todos los hombres; pero parece que se de-

dicó con atencion mas cuidadosa, con mas amoroso afán á consolar á los humildes y los pobres, como si el cuidado de evangelizarlos fuera el mas glorioso ó el principal carácter de su ministerio. Seguid á este hombre Dios en los continuos y penosos trabajos que emprendió para santificar á los hombres, y veréis que los lugares mas comunes y oscuros fueron el teatro de sus predicaciones, y que los mas infelices eran los objetos mas ordinarios de su aplicacion y de su ternura.

Si alguna vez parece en presencia de los grandes del mundo, como que suspende entónces la actividad de su celo, el austero y profundo silencio que guarda parece advertir que los dichosos del siglo no son los mas propios á recibir la doctrina del Evangelio. Si se digna tal vez de hacerles oír su voz, el discurso que pronuncia es corto, rápido y grave, dando á entender que su gracia no puede encontrar en almas corrompidas por la prosperidad cosa alguna en que puedan fructificar los sentimientos de la fe.

Pero observadle en medio de los pobres. Allí le veréis con toda la amenidad de su dulzura. Parece que está con ellos como un padre en medio de sus hijos; como un padre tierno que cuando está con su familia dilata su corazon en el seno de la naturaleza. No hay mas que ver como los trata, para reconocer que de esta porcion desvalida y despreciada cuenta sacar los herederos de su reino y los compañeros de su gloria.



Cuando recorre las aldeas y lugares de la Judea y Galilea, los pobres son los que le acompañan; con los pobres toma sus inocentes y sobrias comidas; á los pobres hace ver con sus milagros la divinidad de su doctrina y la de su persona; entre los pobres escoge sus cooperadores para salvar al mundo; á los pobres promete que un dia se sentarán sobre tronos excelentes, y juzgarán con él todas las tribus y generaciones humanas. A los pobres dijo: Vosotros sois mis amigos, mis parientes, mis hermanos, mi grey, mi eterna compañía; y finalmente, sobre los pobres tenia los ojos fijos, cuando exclamó levantando las manos: „Padre santo, mi deseo es, que los hombres se vean conmigo en la gloria donde habito de toda eternidad, para que vean mi esplendor y conozcan cuánto me habeis amado desde ántes de la creacion del mundo.

¿Cómo, pues, un pobre que por sí solo debe conmover á piedad todo buen corazon, no excitará el respeto y la ternura de un cristiano? El ejemplo de su divino Maestro debe transformar su compasion en reverencia, y darle el carácter de una especie de culto religioso. ¿Qué objeto puede haber mas venerable y mas sagrado para el que conoce y adora á Jesucristo? Un pobre paciente que sufre resignado sus miserias, es un emblema ó una representacion del sacrosanto y doloroso misterio de la cruz.

¡Ay señor! ¿qué viva seria nuestra compasion hacia los infelices, si nuestra fe nos hiciera considerar

la íntima unidad del hombre Dios con los que se postran, se humillan y padecen! Los pobres virtuosos son hijos tiernos del Dios vivo; y el hombre duro que los desprecia y los rechaza, reniega de su sangre y de su Dios. Si es desalmado y perverso á los ojos de la humanidad, es sacrilego y profanador á los ojos de la Religion.

Reflexionad, señor, por qué Jesucristo se comunica con tan visible predileccion á los desafortunados de la tierra. Porque veia en ellos mártires incoados, criaturas preparadas á recibir su Espiritu, almas que desembarazadas de los estorbos de la ambicion y la riqueza, no esperaban mas que el soplo de la vida, con que el calor evangélico enciende lo que anima para elevarse hasta la eternidad. Lo mas difícil para convertir á los hombres y salvarlos, es reducirlos á privaciones y sacrificios, y esta gran dificultad está vencida en los que no conocen mas que las penalidades y miserias. Con ménos embarazo llegan á ser penitentes del Evangelio aquellos que lo son tambien de la necesidad.

Estos son los principios del cristianismo. Estas máximas nacen de su subsistencia, y de ellas debeis inferir que nuestra adopcion en la alianza de Jesucristo es una union íntima con todos los que padecen; que pues habeis reconocido al gefe de los que han sufrido, debeis entrar en la familia de los que sufren; que pues ya sois hijo de la cruz, debeis ser hermano de los que la llevan; pues los pobres



en el sentido mas riguroso y verdadero son ya carne de vuestras carnes, y hueso de vuestros huesos. Que por este parentesco evangélico, el mas santo é íntimo de todos, los necesitados, enfermos y miserables son ya hijos vuestros, y todos juntos seréis el rebaño inmortal del divino Pastor; y en fin, que ya no pueden derramar una lágrima ni exhalar un suspiro que no sea la queja de una preciosa porcion de vos mismo.

La naturaleza nos excita á socorrer á los indigentes; pero la Religion nos lo manda, y nos grita con voz mas poderosa: *No desprecies á tu propia carne*. Así, señor, desde que vuestro corazón se volvió á Jesucristo, se asoció con todos los que lloran, se hizo como renuevo de los santos, esto es, se declaró heredero y descendiente de los hombres que han sido mas pobres, y de los que mas sufren en la tierra. Los profetas, los apóstoles, los mártires, todos esos hombres divinos, que ántes y despues de Jesucristo marcharon por los caminos de la tribulacion, vivieron siempre en la indigencia, peregrinaron en los montes, cubiertos con pieles de animales, sufrieron todo género de aflicciones, no hallaron acogida mas que en las grutas y cavernas de la tierra, y fueron en fin despreciados y perseguidos por un mundo que no era digno de ellos. Estos son, señor, los augustos abuelos que os dió la Religion, cuando os llamó á su seno, y os movió á penitencia.

Si pues entre los hombres que desprecian al mundo, y se glorian de ser cristianos, se hallara alguno que fuera insensible á las miserias del indigente, se pudiera decir sin titubear, que su cristianismo es falso, y que Dios abomina sus adoraciones y sacrificios. La mas severa separacion del mundo y de sus vanidades, la renuncia mas completa y universal de los honores, el retiro ménos interrumpido en lo interior de los oratorios ó de los templos, y en fin, las mayores penitencias, lágrimas y expiaciones, no pudieran presentar al cielo mas que una inanimada multitud de obras muertas, ó una abultada masa de ejercicios sin consistencia ni valor, si nos obligaran á separar de los necesitados, que deben ser consolados ó socorridos.

La verdadera santidad, la que puede llamarse mas austera y perfecta, es la que produce mayor celo, la que inspira mas tierno amor, y la que excita un interes mas vivo y mas ardiente en favor de los desvalidos. Si hubiera una religion que se olvidara de este primer deber que es un instinto de la naturaleza y de la humanidad, este defecto bastaria para descubrir su carácter de impostura. „La verdadera Religion, dice un apóstol (1), la única que „puede ser agradable á Dios, padre y bienhechor „de toda criatura, es aquella que enjuga las lágrimas „mas de la viuda y del huérfano, y que sabe conser-

[1] Jacob 1. 27.



„varse sin mancha en medio de los escándalos y vicios de este mundo.”

Pues que ya haceis vuestra ocupacion mas continua de la lectura y meditacion del Evangelio, observad una cosa muy digna de atencion. En la descripcion que nos hace Jesucristo de lo que ha de acaecer el último de los dias, y cuando se ejecutará la separacion irrevocable de los buenos y de los malos, parece que hace depender de los pobres los eternos destinos de los hombres. Lo cierto es que el mismo Jesucristo toma personalmente el lugar de todos los pobres, y recibe como suyos los consuelos y los desprecios que han sufrido en la tierra.

Al justo ni le pesa ni le menciona mas que las acciones y virtudes con que ha sido útil á los menesterosos. Vosotros, les dice (1), me habeis dado de comer, cuando tenia hambre; me habeis vestido en mi desnudez, y consolado en mi cautiverio: *Por eso sois benditos de mi Padre, que va á abriros las puertas celestiales, y poneros en posesion del reino que os preparó desde el principio del mundo.* Y cuando maldice y arroja de sí al réprobo, tampoco le recuerda ni baldona sus desórdenes ni sus blasfemias; para justificar su terrible sentencia, solo le recuerda la dureza de su corazon poco sensible á la misericordia; por este motivo le separa para siem-

[1] Matth. xx. 34.

pre de la familia de Dios, y le precipita en los fuegos inextinguibles.

Era menester, señor, que este gran mandamiento de la conmiseracion y caridad animase mucho el corazon de Jesucristo, pues se aplicaba con tan incesante teson á grabarle en el de los hombres. Era menester que le interesase con extremo, pues se le ve exaltar siempre, y con los mas magníficos colores la dignidad y la excelencia de los pobres. Siempre los representa como los héroes del gran dia del Señor, como los principes de la eternidad, y como los árbitros de los destinos de todos los mortales.

Es propio de la justicia divina que todo lo que fué pequeño en la tierra, sea grande en el cielo; que todo lo que fué objeto del desprecio y de la injusticia de los hombres, lo sea de su divino amor, y un espectáculo excelso para los espíritus celestes; y en fin, que tantos lamentos exhalados por órganos desfallecidos que oprimia la miseria con su peso, sean presagio de grandeza y de poder para el tremendo dia, en que todas las naciones trémulas y humilladas ante el trono de la suprema Magestad, aguardarán el decreto de su inmutable suerte.

Decidme, señor, y consideradlo bien: ¿habeis hallado alguna vez en la bondad natural de vuestro corazon, ó en los principios de algun sistema de filosofia moral, motivos tan urgentes y persuasivos, razones de un interes tan poderoso para obligaros con esta fuerza á ser generoso, compasivo y liberal?



Ay, señor! toda filosofía sin Religión es estéril, toda moral que no pasa de esta vida es inútil: la naturaleza corrompida inspira para el bien sentimientos mas débiles que los de las pasiones; no basta haber nacido sensible y bueno, no basta estar convencido de la satisfacción y del honor que nos producen nuestros beneficios; son necesarios estímulos mas vivos para socorrer á los míseros con celo, y en toda la extensión de sus necesidades. La compasión, cuando no es mas que humana, se contenta con dar poco, y las leyes de la sociedad se cumplen con ligeros sacrificios.

El rico que en uno de sus festines consume la sustancia de mil pobres, crée hacer mucho, y su corazón queda muy satisfecho cuando manda que se de á los viejos mendigos, que el hambre devora al umbral de su puerta, los restos de su sensualidad y de la glotonería de sus criados. Esto sucede así cuando la Religión no dirige la caridad; porque en cualquier otro sistema que se proponga, las consideraciones mas imperiosas que quieran alegarse, tendrán siempre el defecto que hacen lenta y corta la mano de los hombres para dar, y es que no les quitan el engaño y la ilusión en que estan, de que la felicidad humana depende de las riquezas.

Jesucristo es el único sabio que envileciéndolas, ha sabido desengañarlos de este error, y ha enseñado esta virtud la mas necesaria á los mortales.

Es el único que ha sabido ganar á los hombres por su interes y por el lado que los podia sujetar, prometiéndoles otros bienes mayores con la esperanza de ser eternos y felices, y no se puede negar que es el único que ha tomado el camino que los podia persuadir; porque desacreditar desde luego las riquezas de la tierra, prometer por ellas un precio infinito, recompensar su abandono con una felicidad eterna, pagar con una gloria sin fin la hábil generosidad de distribuirlas en alivio y consuelo de los que sufren la pobreza, era en cierta manera forzar al corazón humano, á que por su propio interes, pero mas noble y mejor entendido, fuera generoso y liberal; pues le hacia conocer que para ser rico y feliz en la eternidad, es menester que haga felices á sus hermanos en el tiempo.

Así, señor, cuando no hubiera tantos motivos de increpar á la falsa filosofía la injusticia de haber combatido la verdad, bastara para detestarla ver la sinrazon con que trabaja por desacreditar el Evangelio, y el insensato teson con que procura destruir los recursos y esperanza de los pobres: jamas podrá purgarse de esta iniquidad, jamas podrá lavarse de esta mancha. Por mas que afecte en su falaz estilo usurpar los nombres de humanidad y de beneficencia, se ve que todo no es mas que ruido de palabras, rumor vano y sin efecto; porque su sistema es un sistema de inhumanidad, merecedor de todo el odio de las almas hoaradas,



de todo el desprecio de los corazones sensibles y buenos. Y supuesto que los pobres y los menesterosos ganan infinito en que los ricos sean cristianos, el que desacredita esta Religion es un monstruo, que ejerce un ministerio bárbaro y odioso.

¿Qué pues se ha de pensar de esos filósofos atrevidos, que sin carácter ni mision para mudar la Religion establecida, tratan con osadía tan desenfrenada un culto en que Dios es tan grande y los hombres deben ser tan buenos? ¿Qué es lo que pueden conseguir estos insensatos? Cerrar á los miserables de un golpe la entrada al seno de su Dios y al corazon de los hombres, quitarles las esperanzas de la otra vida y los socorros de esta. ¿Qué males mas horribles les pudiera hacer su mayor enemigo? ¿Quién pudiera imaginar un medio mas horroroso y mas seguro de completar las desgracias de los que ya son víctimas de la adversidad y de la penuria?

Si existiera en la tierra un corazon tan bárbaro que no pudiese satisfacer su ferocidad ó su venganza, sino añadiendo afliccion al afligido; que buscasse el medio de llevar el dolor y las angustias hasta el último extremo de la posibilidad, y que calculando los grados de rigor de que es susceptible el continuado suplicio del indigente, le quisiera aumentar hasta el punto en que ya no pudiera subir mas; pregunto: ¿qué otra cosa pudiera inventar este monstruo para contentar su natural feroz? Porque

¿cuál puede ser el colmo, ó el último y mas acerbo grado de la desgracia y del dolor, sino la necesidad de devorar sus amarguras, sin aguardar socorro de los hombres, ni tener esperanzas en su Dios?

¡O pobres! ¡ó porcion respetable de mi sangre! ¡compañeros augustos y queridos de mis dulces y eternas esperanzas! No: el Dios santo, el Dios justo que os hizo, es vuestro Padre, y si os ha sujetado á las tristes solicitudes que agitan nuestra inquieta y fatigada vida, no es sin designio, no es sin un profundo motivo de su misericordia. Vosotros sois criaturas muy preciosas á sus ojos: vuestros suspiros y trabajos estan escritos en el libro eterno. Mas se ocupa el cielo en vuestra oscura suerte, que en los grandes sucesos de todos los imperios: vuestros menores sacrificios serán coronados con todo el peso de una gloria inmortal. ¡Ah queridos amigos! no os canseis nunca de estrechar con vuestros secos y descoloridos labios esa adorable cruz, la riqueza verdadera y esperanza del mundo. Respirad un momento, y consolad vuestros dolores con la vista de esa víctima divina, que valora todas vuestras angustias.

Jesucristo es vuestro solo y verdadero Padre. Unicamente á su bondad debeis el consuelo de esperar un porvenir feliz, y de hallar en la tierra corazones compasivos y dadivosos. De sus templos salen los medios que os socorren, los auxilios que la caridad evangélica perpetúa para vuestra subsis-